

llas en la tradición, y la apoyaba con un sinnúmero de curiosos detalles y observaciones sagaces y pacientes, fruto de sesenta y pico de años de perpetua fiebre de evocación, años en los cuales ni una pedrezuela de las calles de Esquivias dejó de examinar el buen anciano, por si descubría huellas del paso de Cervantes.

Más conmovedor todavía que el episodio amoroso, es la tentativa que hizo Cervantes, herido ya de muerte, para buscar la salud en Esquivias, donde antaño había encontrado la ventura. Al tornar desahuciado de Esquivias á Madrid, en el camino recibió la postrer impresión halagüeña, el homenaje del obscuro estudiantillo que, con mejor acuerdo que sus contemporáneos, proclamó á Cervantes *regocijo de las musas*, dando motivo á la melancólica despedida — tan semejante á la del Otelo de Shakespeare—del escritor alegre y moribundo: "Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos..." ¿Quién sabe si era la última bocanada del aura de Abril en los prados de la *Galatea*, el último eco de la juventud en el corazón del viejo?

Cervantes murió pocos días después.

## ARAGÓN

### I

#### EN ZARAGOZA

La supremacía otorgada por el consenso general á Nuestra Señora del Pilar sobre las demás Vírgenes predilectas de la nación española, es un hecho que se presta á reflexiones, y yo hubiese podido hacerlas cuando, ya anochecido, llegué á Zaragoza. Es la tercera vez que voy á arrodillarme en el Pilar, sin más objeto que satisfacer el gusto de estar en Zaragoza unos días. La primera—¡cómo lo recuerdo! —me precipité ansiosa de contemplar las nobles tapias acribilladas por las balas francesas. A pesar de todas las lecturas, me costaba trabajo creer que los muros zaragozanos fuesen tan débiles, sólo de tierra y ladrillo. Vi que, en efecto, el regatón de mi sombrilla alcanzaba á descalabrar profundamente aquellas defensas ilusorias. La resistencia, allí, en una ciudad tendida como un tapiz sobre la fértil llanura, la hizo

la constancia, el tesón inquebrantable de la raza; ese resorte que nosotros perdimos, que ahora sostiene á los *boers* y les enseña á poner al coloso inglés la ceniza en la frente. Eramos nosotros los *boers* de entonces, animados por verdadera fe religiosa y la energía propia de nuestra leyenda. Y como, en aquella primer visita á las ilustres tapias, aún no habían sucedido nuestras desventuras, y con un poco de optimismo cabía esperar que bajo la ceniza se conservasen las chispas del fuego, yo tuve unas horas de engreimiento patriótico, de alegría objetiva, de ilusión.—Decayó mi entusiasmo cuando conseguí que me permitiesen ver la Aljafería. Los salones de soberbias techumbres artesonadas al estilo árabe, pero que pregonan la reconquista en sus yugos y flechas, nudos gordianos, letreros del *Tanto monta* y otros emblemas de los Reyes Católicos, sirven ahora de arsenal, y allí se veía en hileras y trofeos el armamento destinado al ejército español. Soy lega en estas materias, pero me sucede lo que á los hombres, que sin entender de modas, por impresión juzgan del atavío de una dama, y suelen acertar. Así á bulto me parecieron anticuados los modelos de fusiles, y no me satisfizo ni la colocación, ni la limpieza de aquella armería. Salí de allí preocupada. No me distrajo ni el famoso balcón de la Gitana, desde el cual el conde de Luna ordenó que cayese la cabeza de su hermano el trovador Manrique, y hasta se me figuró que es una descabellada patraña la leyenda en que se funda García Gutiérrez.

Por entonces aún estaba en pie un monumento que Zaragoza, no muy rica en edificios artísticos relativamente á otras ciudades españolas, no debe consolarse nunca de haber perdido: la Torre inclinada, que á pesar de su respetable fecha de varios siglos, *nueva* seguía llamándose. Curiosa torre, que conservaba en su adorno tan elegante y delicado huellas visibles de que en ella trabajaron reunidos maestros cristianos, judíos y moros. La mezcla del gusto gótico y del árabe, en la torre hermosísima, parecía emblema de lo que hubiera debido ser España si hubiésemos sabido amalgamar y fundir con la nuestra las razas conquistadas, en vez de arrojarlas de nosotros como el mar arroja el cuerpo muerto. Esas torres, en que se unieron los dos grandes elementos hispanos, el cristiano y el sarraceno, y dieron por resultado una joya primorosa del arte; esa torre que fue además profundamente nacional por su heroica misión de anunciar la caída de las bombas durante el sitio, era para mí toda la nacionalidad. Con tal cariño la miraba, que un chicuelo baturro, acercándose á mí, y burlándose, por supuesto, me interpeló:

—¿Te gusta la Torre Nueva, franchuta?

¡Ay, si me gustaba! Mis ojos no sabían apartarse de sus torrecillas menudas, de sus franjas de arabescos, de sus góticas galerías, de sus ojivas finas y estrechas, de la curiosa, atrevida, gallarda columna de trescientos pies de elevación, y á la cual la inclinación misma prestaba singular encanto, como de enigma... Cuando

volví á Zaragoza, la Torre Nueva había desaparecido, bárbaramente arrasada, sin que la piadosa idea de reconstruirla en otra parte hubiese germinado en los cerebros de los vándalos demolidores...

¿Y á qué negarlo? Si la Torre Nueva se captó toda mi benevolencia, el templo del Pilar fue una decepción. No esperaba encontrar allí la primitiva capilla construida por el apóstol Santiago para conmemorar la aparición de la Virgen en carne mortal, primer altar erigido á Nuestra Señora en el mundo; pero tampoco me formaba idea de una basílica tan profana. Por extraño caso, ha sido desgracia para los monumentos levantarse en países ricos y poderosos. El vandalismo hizo en ellos doble estrago. Las edénicas tierras de Levante, que acabo de recorrer, apenas conservan iglesias góticas, y de románico no se hable. El exceso de bienestar se tradujo en impías reconstrucciones, y se barrieron los escombros para alzar edificios de mal gusto. Del Pilar, tal cual se construyó en el siglo XIII, no quedan sino el retablo y la silla del coro. Las postrimerías del siglo XVII, con el torrente de barroquismo que en ellas se desató, grabaron su sello en este templo del Pilar, vasto sin grandeza y rico sin magnificencia. Los techos al fresco, la traza de las columnas, hacen pensar en un teatro; por mejor precisar la impresión, en el suntuoso vestíbulo de un palacio allá en Roma. El templo no es *mariano*, no es un afeminado camarín como el de la Divina Peregrina en Pontevedra; ni aun re-

viste ese carácter: es más frío, más desconcertado. Y sin embargo, bajo estas bóvedas que aplanan el alma en vez de elevarla al cielo, es donde ha brotado con más fuerza y empuje la florescencia de la fe ardiente, incondicional, enajenada. Como si estudiasen el modo de acrecentarla, la sacratísima efigie apenas se ve: no se distinguen sus lineamentos. Tanta plata, tantas alhajas, tanto cirio, la verja que no permite acercarse al altar, impiden que los ojos distingan pormenores.

Gana así, con el misterio, la devoción. ¡Cómo se ha extendido! No ya Zaragoza, sino Aragón; no ya Aragón, sino toda España, hacen de esta Virgen el Paladio nacional. Y nótese que la afición á la *Pilarica*—*la moda* diría, si me atreviese á aplicar tal nombre á cosas superiores á él—es de ahora, reciente, y en gran parte obra de artistas, de literatos, de músicos, de periodistas. Los milagros y grandezas de los santos, por cierto, eran más discutidos antaño que hoy. Ahora nadie aplica la crítica á la mayor ó menor autenticidad de los sucesos prodigiosos en que el Pilar funda sus preeminencias; en otras épocas se hilaba delgado en tales puntos; había exclusivismos, particularismos de la devoción, emulaciones entre pueblos y envidias entre santuarios; la tradición del Pilar, que se apoya en un códice existente en el archivo de la catedral de Zaragoza, no hay que decir si fue combatida. En el día ni aun la conoce la gente que va á postrarse allí, y mientras otros santuarios y otras efigies nombradísimas, como

la de Guadalupe, van quedando relegadas al olvido, el Pilar sube y triunfa, no tanto por el esfuerzo de los verdaderos devotos como por un impulso general, de la colectividad, por mejor decir, de la nacionalidad, cuyo desmayado aliento y decaída pulsación se concentran en el Pilar marmóreo, último emblema de cualidades y virtudes propias del alma española, que poderosamente contribuyeron al antiguo engrandecimiento de la patria.

Por eso, principalmente, ningún español, al sentar el pie en Zaragoza, deja de visitar la simbólica columnita. Y por eso me sorprendió no encontrar la Basílica más concurrida. Era la misa de doce la que oí. La primera vez que vine á Zaragoza no se cabía; la segunda, recuerdo que había bastante gente, y que los baturros, después de haber rezado, se despedían con la mano, familiarmente, de la Virgen. Ahora la soledad, la falta del apasionado murmullo de los rezos, me causó una especie de frío. Cualquier otra iglesia quizás me agradase más solitaria; aquélla, el Pilar... jatestada, rebo-sando!

Entre las personas que me acompañaron al Pilar estaba el presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza y de la Asamblea, Basilio Paraíso. Del templo salimos para almorzar en la Quinta Julieta, un sitio amenísimo, de una coquetería de jardín de abanico, y donde la abundancia de agua de que se puede ufanar Zaragoza ha permitido simular un riachuelo y formar dos estanques orlados de flores y arbus-

tos, en que bogan patos y gansos, atropellándose para llegar al puentecillo desde el cual les arrojamamos mendrugos de pan. El sol espléndido, el día dorado y tibio, de dulce otoñada, llenaba el espíritu de placidez gozosa. Se me habían disipado los pensamientos relacionados con los destinos de la patria, únicos que tuve otras veces en Zaragoza; y sólo pensaba en lo grato del instante, viendo desde el balconcillo de la Quinta la perspectiva de la ciudad—que después fuimos á contemplar desde el Cabezo de Buena Vista.—Hablábamos de política, y casi me costaba trabajo seguir el hilo de la conversación. Campo, sol, flores, agua, son poderosos calmantes. La Zaragoza heroica, la que hizo morder el polvo á las águilas imperiales, desaparecía para mí. A lo lejos divisábamos, no sólo cúpulas y torres de iglesias, sino chimeneas de fábricas, que se han multiplicado en estos últimos tiempos, creando una Zaragoza industrial muy activa, deseosa de emular á Cataluña en laboriosidad y riqueza legítimamente ganada.

Entre los recuerdos mejores del viaje cuento el almuerzo zaragozano, que me proporcionó ocasión de escuchar á Paraíso. El nombre de este aragonés apenas era conocido en España hace un año, y ahora se pronuncia y suena dondequiera, ya con el acento de la esperanza y de la simpatía, ya con el del enojo y la reprobación—que así se repiten los nombres si la fama los lleva en sus alas.—Basilio Paraíso vino á mi pueblo, á Marineda, en Junio, á celebrar un

*meeting*, pero entonces no me fue posible conocerle. La fortuna me deparó ahora ver más de cerca al regenerador económico, que, á decir verdad, me produjo impresión del todo favorable. Basilio Paraíso tiene la franqueza algo ruda de su raza, unida á mucha cautela y serenidad, á una ingeniosidad espontánea, á la tenacidad, la derechura y el sentido práctico. Modesto, su rápida popularidad ni le ha desvanecido ni ha despertado su ambición. Se propone un fin, y va á él resueltamente, á pesar de los compromisos políticos, de los quebrantos de la salud y del abandono de los quehaceres. Este hombre ilustrado, que estudió dos carreras, es fabricante de lunas, ó mejor dicho, adorna y pule las lunas que vienen fabricadas de Saint Gobain, las decora al estilo veneciano, dora los marcos y los talla ricamente; industria bonita, fina, en que las mujeres encuentran empleo y labor, porque son más cuidadosas para la difícil aplicación de la hojuela de oro. Lástima que España no esté llena de fabricantes por el estilo... ó por otro: no seamos exigentes.

En el jardín de la fábrica, bajo el cenador de enredaderas, de España hablamos, de su porvenir, de sus abiertas llagas. Y sin que Paraíso haga alardes de patriotismo—en la misma calma de su voz, desmentida por el estremecimiento de sus nervios, visible en la cara—comprendo que este español ha sufrido, ha sentido, ha llorado quizás por dentro, y tampoco cree que tengamos el derecho de cruzarnos de brazos... Su remedio será más ó menos infalible—

no es aquí lugar de discutirlo,—pero él quiere aplicar remedio y lo aplicará, si el país le secunda, que lo dudo.—El remedio de la Hacienda es el más necesario para sentar las bases del porvenir.

## II

### EL OASIS DE PIEDRA

Ahora que la vegetación se reviste de ricos tonos; ahora que los últimos días radiantes del verano convidan á despedirse de la naturaleza, el mejor consejo que puedo dar á los que no declaren cerrado definitivamente el período de los viajes, es que vayan á pasarse en el monasterio de Piedra una semana.

Ninguna descripción, y menos la mía, ni las estrofas de Núñez de Arce, ni el poema de Campoamor *El amor y el río Piedra*, ni las fotografías, ni el lápiz, ni el pincel pueden dar aproximada idea de la soberana hermosura del oasis de Aragón. La excursión es fácil y cómoda. Piedra está á seis horas de Madrid por ferrocarril y dos de coche desde Alhama. Tal vez esto no te parezca recomendación, lector mío. Por sedentario que seas tienes, á fuer de español, algo de aventurero. Ir lejos es ya media poesía. Trasládese á Suiza la maravilla de Piedra y soñarán con ella los *turistas* de España. Así es la humanidad y así ha de ser siempre.

He llamado *oasis* á Piedra, no por gala retórica, sino porque es el nombre exacto que hay que darle. El territorio que á Piedra rodea es un desierto árido y ardiente. Ni rastro de habitación humana: dilatados campos sin árboles, que calcina implacable sol; montañuelas calvas, color de tierra de siená ó de un gris acorado que refracta la luz y ciega la pupila; la carretera amarilla, polvorienta, seca; las viñas á flor de suelo, abrasadas. Único accidente de tan fastidioso trayecto es el lugar de Nuévalos, que según alguien dijo acertadamente, debiera llamarse de *Viéjalos*, porque su caduca traza, su denso arbolado, su torreón cubierto y sombrío y sus casas desmanteladas y ruinosas evocan la Edad Media, la época de los Urreas y los Lunas, y recuerdan decoraciones del último acto del *Trovador*. Desaparece Nuévalos, y el camino que trepa en laboriosas curvas monte arriba, vuelve á convertirse en el páramo de tierra roja.

Estamos al pie del monasterio sin sospechar aún la presencia del oasis. Piedra es huerto cerrado y fuente sellada: al pronto sólo vemos una larga muralla guarnecida de cubos; una torre cuadrada, que es la del Homenaje, con balcón saliente y diadema de almenas; un ancha puerta, un patio descomunal, y las construcciones del monasterio, que no son tan notables que justifiquen nuestra venida. Penetramos en el edificio, cruzamos sus anchurosos pasillos, iluminados por ventanas redondas que en vez de vidrios tienen placas de alabastro

translucido, refinada precaución contra las variaciones de la temperatura; dejamos el equipaje en las celdas que nos destinan en la hospedería, y aún no adivinamos el oasis.

Sin embargo, ya escuchamos un rumor constante y profundísimo, una acompasada melopea... Es el agua que se precipita, todavía no sabemos dónde. Buscamos la salida al huerto; la descubrimos; experimentamos una sensación de frescura deliciosa; nos protege tupida cortina de árboles, frondosa decoración de selva; un paso más y casi retrocedemos de susto: es que nos sale al encuentro una de las cascadas, un raudalazo de agua repartido en chorros verdes recamados de espuma, y rodando con ímpetu prodigioso sobre las peñas vestidas con musgo de terciopelo...

No quisiera que los rasgos generales de esta descripción de Piedra se pudiesen confundir con los de otras descripciones de sitios donde también haya árboles, cascadas, lagos y grutas. Es preciso que, si mi pluma no consigue retratar la divina belleza del oasis, á lo menos consiga expresar en qué vence y eclipsa á otros sitios pintorescos de España y de Europa. Sépase, pues, que las ocho ó diez cascadas de Piedra, entre las cuales hay alguna como la *Cola del Caballo*, que pasa por no conocer rival sino en las cataratas del Niágara, se pueden visitar en el espacio de una tarde, pues las contiene un recinto de barrancos y despeñaderos que sólo parece grande porque es grandioso, y que oculta celosamente este prodigio de la naturaleza,

recatándolo tan bien, que hasta estar dentro del huerto mismo ni se sospecha la existencia de tales cascadas.

Majestuoso, selvático y horrendo en parte, el huerto de Piedra es á trechos suave, plácido y de una delicadeza inverosímil, casi *mièvre*, afeminado lo mismo que un cartón de tapiz francés ideado por Boucher. Los retozos y juegos de cualquier río que formase tales cascadas serían ya admirables; pero el Piedra—lo dice su nombre—no sólo pinta y decora, sino que esculpe; y no hay crestería gótica ni encaje flamenco de más complicados dibujos, de calados más primorosos que los que labra el Piedra petrificando raíces, hojas y ramas. Por último, siendo Piedra el lugar donde he visto más agua junta, quizás sea de los menos húmedos; enjutos están los senderos; secas instantáneamente las mismas lajas por donde momentos antes resbalaba el chorro; podéis andar por allí con zapato de taflete, y desafiar al reuma, que no os obligará á curaros en la vecina Alhama. Si hago notar esta particularidad de no ser húmedo Piedra, es porque en la sequedad y diafanidad del aire consiste mucha parte de su hermosura. El matiz ó *pátina* de Piedra es incompatible con la humedad. Piedra está dorado, tostado, irisado como esos preciosos platos de reflejo, hispanoárabe, que salieron de los hornos de Manises. Para expresar el tono de los barrancos que cierran el *Lago del silencio* habría que decir que son de esmalte y *terracota*.

Lo increíble es la variedad de este paisaje,

contenido en un huerto de las dimensiones de un parque regular. Hay sitios donde los recios y disformes troncos de los árboles centenarios, retorcidos como enormes serpientes, los abruptos riscos y los precipicios pavorosos, la furia y fragor de los saltos de agua se imponen al ánimo, y explican la uniformidad de los *pensamientos* escritos en el álbum de Piedra, que casi todos manifiestan cierto terror, al hablar del poder de Dios, de su inmensa majestad, de la pequeñez del hombre; pero fijémonos en que á la vuelta de un senderillo está el contraste, los más graciosos, dulces y serenos paisajes que cabe imaginar, y entre ellos el romántico *Lago del silencio*, que parece fruto de los estéticos antojos del rey Luis de Baviera. Dudo que el realmaniático, soñando en escenas de *Lohengrin*, derramando el oro y derrochando fantasía, crease cosa tan sentida, sugestiva y melancólica como este lago, donde sólo faltan los ondulados cisnes de la leyenda. Cautivas sus aguas entre las altísimas escarpas de un barranco, en las cuales se abren grutas, por ejemplo, la del *Desertor*, donde anidan y salen revoloteando y exhalando su ronco arrullo las palomas zuritas, reina en sus márgenes un silencio y una languidez misteriosa.

En el fondo del lago crecen plantas finísimas, que el agua columpia y que forman á sus puros cristales un lecho de felpa verde pálido, con flotar de cabelleras de ninfas; las orillas las guarnecen matorrales y arbustos péndulos de una delicadeza ideal; y deciros lo que es

todo esto copiándose en el mágico espejo del lago; deciros los colores de rosa, nácar y azul celeste que pintan las nubes sobre la superficie cuando la brisa no la quiebra; deciros la aparente calma, la *morbidezza*, la *neviosidad* íntima de semejante paisaje... conozco que es ardua tarea, y repito el consejo de que vayan á verlo los que sepan ver. Algunas veces me ha dicho un crítico eminente, que tiene el defecto de escribir poco, que yo miro la naturaleza al través de la literatura. En el *Lago del silencio* comprendí que no carece de exactitud la observación. No podía yo abstraer la idea del lago de la de los libros de caballerías, donde hay lagunas subterráneas con palacios de cristal en el fondo; y en los palacios alguna encantada damisela, guardada por un dragón de abiertas fauces...

En el huerto de Piedra bien se puede asegurar que se camina de asombro en asombro.

Dicen que no es muy caudaloso el río Piedra: yo sé decir que nunca he visto río que tanto me lo pareciese; nunca la belleza peculiar del agua—que es al paisaje lo que á la cara los ojos—se me presentó tan radiante y magnífica. Los dos hermosos brazos líquidos pero esculturales del Piedra, á cada momento nos ciñen y nos deslumbran. Ya dimos con la *Iris*, una cascada *trianonesca*, monumental, arquitectónica, cuyos raudalillos bien colocados recuerdan el clásico desplome de las fontanas de Roma, el *Acqua Paola*, el *Acqua Vergine*; un poco más allá divisamos una cortina de te-



nuísimo vapor, la *Caprichosa*, cuya aljofarada imperceptible llovizna, casi polvo microscópico de agua, nos acaricia el rostro sin humedecerlo siquiera, á modo de ráfaga de perfumes que el aire se lleva tan pronto como la trajo; y aquellos tules blanquecinos y grises, que heridos oblicuamente por el sol aparecen salpicados de pedrería, flotan al gusto de los céfiros, se desgarran, se disipan, pero ya vuelve á tenerlos la tejedora invisible.

Acometed la subida de esas escalerillas abiertas en la roca; arrostrad esa cuesta que os conduce á fragosidades donde el río se despeña con mayor inquietud y enojo; ved la cascada de los *Fresnos*, y notad su impetu de torrente, sus torsiones convulsas, los espumaraños que le arranca la cólera de verse á cada instante detenida en su carrera, y reparad la salvaje gracia de los puntos de vista, la originalidad de las petrificaciones, sin olvidar la gruta donde el río, remedando pináculos y archivoltas, ventaniles y rotas cresterías, fingió la portada gótica de una catedral, cuyas naves derruidas se pierden en el seno de la tierra...

Y reservad á propósito para lo último, á fin de que la impresión no decaiga, la cascada, la catarata, mejor dicho, de la *Cola del Caballo*, formada por la unión de los dos brazos del río, que al encontrarse, se arrojan juntos, como los desesperados amantes de la tradición, á un abismo de sesenta varas de profundidad. El espectáculo es realmente sublime, y con razón Quadrado, que tan bien siente las bellezas natu-

rales y arquitectónicas, dice, hablando de este salto formidable, que el nombre de *Cola del Caballo* es el símil menos grandioso que para él se pudo adoptar. Despéñase el raudal con vehemencia terrible, imagen viva de la desesperación; el ruido es medroso, asorda y pone pavor en el alma; y lo que más excita la imaginación es entrever, detrás del magnífico arco de la catarata, la boca de una gruta, velada por el raudal y por el vapor que levantan las aguas al deshacerse con la violencia del salto.

Esa gruta atrae al viajero porque parece, no sólo peligrosa, sino inaccesible. Importa advertir que si bien en Piedra no se corre el menor riesgo, y hasta, como dejo dicho, puede una pulcra dama, con zapatos de tafilete y traje veraniego, recorrer el huerto de punta á cabo, no falta nunca un picorcillo de miedo agradable que realza las sensaciones generalmente plácidas de la hermosura natural. Y no penséis que la catarata de Piedra no tiene su drama; ó poco hemos de vivir, ó he de contároslo.

Cuando vayáis á Piedra, si lográis la suerte de gozar un día despejado, sabréis lo que son los muros del tocador de las hadas, viendo desde la gruta, á eso de las cuatro de la tarde, refractarse un rayo de sol al través del agua que se precipita al abismo.